

—Pero la sangre jierve, y no da aguante.

—Más nos han aguantado ellos, hijo: consíderalo.

En esto, resonaron dos golpes á la puerta; salió á abrir Gildo y entró el alguacil con recado para Patricio de que fuera éste á verse inmediatamente con el alcalde.

Al salir de casa el pardillo, momentos después, vió pasar por delante de la puerta un bulto colosal que iba hacia la Casona. Era don Lope que volvía, con la cachava al hombro. Patricio no salió á la calle hasta que el bulto se perdió en la obscuridad y sus pasos cesaron de oirse. Tal miedo le infundía don Lope.

—Esto me prueba—murmuró el intrigante, —que el pájaro ha vuelto al nido... Por mucho que Gildo diga, esta vuelta tiene más que roer que los moquetes de anoche.



## XXVIII

## NUBES SINIESTRAS

**L**UCAS se hallaba al lado de Osmunda cuando entró don Lope en la Casona. Le llamó el Hidalgo á su cuarto y le dijo:

—Mañana, en cuanto amanezca, saldrás del pueblo para no volver á él mientras yo viva.

Quedóse absorto el cojo, y no supo qué responder.

—¿Me has entendido?—añadió don Lope, mirándole con fiereza.

—Perfectamente—respondió Lucas.—Pero ¿adónde voy? ¿Cómo viviré?

El Hidalgo arrojó sobre la mesa un pliego cerrado.

—Con ese mendrugo,—dijo al mismo tiempo.

Lucas se abalanzó al papel y le abrió con ansiedad. Era una credencial de un destinillo subalterno, que se le daba en la ciudad. Poco valía; pero al fin era algo que, en su concepto,



le ponía en camino de conseguir mucho más, acercándole al calor de la vida política. Quiso mostrar su agradecimiento á su tío, creyéndole causante del beneficio que recibía; pero don Lope se le anticipó diciéndole:

—Te prevengo que mi propósito fué, después de decir á la superior autoridad lo pernicioso que era tu presencia aquí para la paz pública, y hasta para el decoro de la bandera que has levantado y crees defender, suplicarle que te llevaran entre bayonetas y te pusieran á buen recaudo por mucho tiempo; pero un corazón demasiado generoso intercedió por tí...

—Tengo buenos amigos en todas partes—interrumpió Lucas con énfasis:—son harto notorios mis sacrificios por...

—¡Mentecato!—dijo á esto don Lope, mirando á su sobrino con el mayor desprecio.—Al hombre á quien ayer atropellaste inicua-mente aquí, y á sus amigos de la ciudad, debes ese pedazo de pan. Medita unos instantes sobre ello; y si te queda un asomo de vergüenza, lava con tu vida infame la mancha que has arrojado sobre el nombre que llevas. Nada más tengo que decirte.

Con estas palabras y un ademán harto expresivo, despidió al energúmeno, que, por entonces, no tenía gran empeño en departir con su tío. Separóse de él, muy á su gusto, y fué á

enterar á Osmunda de lo ocurrido, si bien ocultándole la historia de la credencial, cuyo origen atribuyó á sus altos merecimientos. Sintió la infanzona gran pesadumbre al considerar que volvía á verse sola en la inmensidad de aquel triste calabozo; pero nada dijo á su hermano, cuya prosperidad no la pesaba, límite máximo de sus más entrañables sentimientos. Púsose en el acto á acomodar en el viejo maletín el inverosímil equipaje de Lucas; y, entre tanto, salió éste de la Casona á despedirse de sus amigos y averiguar lo que aún ignoraba sobre el recibimiento hecho en la ciudad al prisionero, asunto que había despertado en gran manera su curiosidad, desde que supo que don Román volvía regalándole credenciales después de haberle enviado él entre bayonetas.

Cuando el cojo llegó á casa de don Gonzalo, hallábase éste empeñado en gran porfía con Patricio. Le había llamado el alcalde para que le prestara todo su poderoso auxilio en favor de la candidatura recomendada por el Gobierno, y Patricio le había respondido que su auxilio le necesitaba él para sí propio. Ni ruegos ni amenazas lograron ablandar la dureza del par-dillo.

—Mire usted—decía don Gonzalo, casi llorando,—lo que reza este oficio que usted mismo ha traído, camará. Estoy á pique de que me for-



men un consejo de guerra, y yo necesito hacer algo en bien de esas gentes poderosas. Tengo una carta particular y secreta en que se me manda echar el resto por la candidatura... ¡Mire, por Dios, que si no, me jundo, camará!

—Señor don Gonzalo—contestaba Patricio con mucha calma:—por complacerle á usted se dió ese paso ayer. Si hubiera salido bien, para usted hubiera sido el fruto. Salió mal; pues sean para usted las consecuencias.

—Pero ¿qué va á sacar usted de esas batallas, hombre de Dios! ¿Qué méritos le llevan á tan altas ambiciones?

—Parecidos á los que á usted le encajaron de un golpe en los tres puestos más altos de Coteruco...

—¿Conque no hay modo de entenderse!...

—Ninguno, al menos que usted no se resuelva á ayudarme á mí.

—¡Tendría que ver, camará!

—No haría en ello más que pagar lo que debe á quien tanto le ha ayudado á usted hasta hoy.

—¡Son muy distintos los casos!

—No lo dirá quien esté en sus cabales.

—Dejemos por ahora esa cuenta, señor Patricio, que ya se ajustará algún día, y entienda, por de pronto, que la guerra que va usted á hacerme, de nada le servirá.

—Eso es lo que hemos de ver.

—Tengo ya de mi parte á todos los hombres que algo pueden aquí: me han dado su palabra.

—Mientras no tenga usted la mía...

—¿Piensa usted volverlos atrás, camará?

—Pienso hacer al respetive todo lo que pueda, señor alcalde; y ya sabe usted que no es poco.

En esto entró Lucas. Enteróle don Gonzalo de lo que ocurría, y el fanático aplaudió las «nobles aspiraciones» de Patricio, y hasta pronunció un discurso ponderando la necesidad de ver á «las clases trabajadoras» en los altos poderes del Estado. Al atribulado alcalde se le acabó de desmayar el alma con aquel desengaño que no esperaba; y mayor fué su angustia todavía cuando Lucas les hizo saber que al día siguiente se marchaba de Coteruco para no volver.

—Pero aunque me voy—añadió con cómica solemnidad,—mi espíritu quedará entre vosotros. Me llaman los hombres que disponen de los destinos de la provincia, y ya supondréis que á su lado trabajaré siempre por la prosperidad de este noble rincón, cuya cultura es obra nuestra.

No se tranquilizó don Gonzalo con estas promesas, porque iba conociendo que la palabra de Lucas no acarrea más que conflic-



tos; pero Patricio vió la noticia por un lado más placentero. La marcha de aquel personaje le dejaba á él dueño absoluto del pueblo. Dióle la enhorabuena con todo el corazón, y á su vez largó un discurso sobre la conveniencia de que los hombres de saber y de palabra estuvieran donde debían estar. Abrazó á Lucas, prometió éste ir á despedirse de Gildo luégo que hablara con don Gonzalo, y salió el pardillo derecho á la taberna, donde esperaba hallar, y así sucedió, á Polinar Trichorias, para interesarle en su concebida empresa antes que don Gonzalo le comprometiera, ó para arrancarle el compromiso si le había empeñado ya.

Estaba Polinar á aquellas horas bastante cargado de vino, y precisamente despellejando á los Rigüeltas en un círculo de maldicientes, con motivo de los sucesos del club. Llamóle Patricio aparte, habló con él pocas palabras, y salieron juntos á continuar la conversación en la calle.

Enterado Polinar del caso, respondió al solicitante que estaba comprometido con don Gonzalo, y que él no tenía más que una palabra. Patricio no retrocedió por eso en su empeño. Polinar era hombre de gran valer en tal empresa. Su carácter siniestro, sus aires de matón y su reciente encumbramiento en el municipio, le daban grandísima influencia sobre

todos los perdularios del lugar; y como últimamente pertenecían á este gremio la mayoría de los hombres de Coteruco, en una lucha sin cuartel era un enemigo terrible para los caciques. Harto lo sabía Patricio, y por eso insistió con él, empleando todos los recursos de su táctica seductora, bien acreditada entre gentes de su pelo. Pero de nada le sirvió esta vez. Polinar tenía, según aseguraba, muchos agravios que vengar en Patricio, y hasta se alegraba de que se le hubiera presentado aquella ocasión de contrariarle.

Abandonó el capitán de voluntarios el recurso de las dulzuras, y adoptó el de las amenazas.

—Ya sabes, Polinar—dijo á éste,—que no hay hombre sin hombre.

—Por eso me buscas tú á mí ahora—respondió Polinar con mucha calma,—porque me necesitas.

—No lo niego, Polinar; pero caso puede llegar de más apuro que el presente, en que tú me busques á mí... y no me alcuentres tampoco; que el que no siembra no coge.

—Por siembras de algún beneficio le he dado al alcalde la cosecha de este favor que he de hacerle. Respóndote, Patricio, con tu misma ley, para que no te quejes.

—Pues á ella me agarro, y te digo que, beneficio por beneficio, el que á mí me estás de-



biendo de años atrás, no tiene comparanza con ninguno.

Los ojos de Polinar brillaron como dos ascuas entre las tinieblas de la noche; y si tan densas no hubieran sido éstas, Patricio habría visto en la fisonomía de su interlocutor algo de siniestro y amenazante.

—No es de hombres de corazón—dijo Polinar conteniéndose,—echar á otro en cara favores que le hayan hecho... ¡pero echarlos cuando no los hay, Patricio!...

—Pues tampoco es de hombres de bien olvidar el beneficio; ¡pero negarle cuando está delante de los ojos, Polinar!...

—¡Yo no te debo nada!

—¡Me debes... la vida! ¿Te paece poco?

—¡Patricio!...

—No alborotes, Polinar, que no te tiene cuenta.

—¡No me provoques tú!

—¡No me niegues la luz del día!

—Tengo todas mis cuentas ajustadas al respetive.

—Bien sabes que eso no es verdá; que puedo perderte el día que me dé la gana...

—¡Patricio!...

—Que se echó tierra al asunto, porque no se hallaron pruebas bastantes, y que se te puso en libertad dejando abierta la causa...

—¡Mira que no respondo de mí!...

—Pues has de oirlo para que en la memoria lo tengas al trabajar contra mí. En el monte había un hombre cuando distes el golpe al transeunte, y ese hombre, que te vió sin ser visto, recogió junto al muerto pruebas que te condenan.

—¡Patricio!...

—Y esas pruebas están en lugar seguro, y saldrán en su día con mi declaración... y te llevarán al palo...

Todo esto lo decía Patricio en voz baja, nerviosa y punzante, y Polinar lo oía mordiéndose los labios cárdenos, acariciándose el negro ceñidor con las manos trémulas, y mirando al atrevido con ojos de hiena. Con sobrehumano esfuerzo consiguió dominar otra vez los impulsos que le atormentaban, y respondió con voz sorda, asiendo de un brazo á su temerario interlocutor:

—Ya te habrás hecho cargo, Patricio, de que tomo á chanza eso que dices, cuando aquí que naide nos oye ni nos ve, no te he metido un palmo de hierro en la asadura.

Estas palabras recordaron al ofuscado trapisondista que había ido demasiado lejos en sus provocaciones á aquel hombre, en sitio tan solitario y hora tan avanzada.

—No es decir esto, Polinar—repuso bajan-



do mucho la temperatura de sus humos,—que yo quiera hacer uso contra tí de cosa alguna que te pierda... sino que como tú te niegas á todo... hasta á confesar que me debes ese favor...

—¡Y lo niego otra vez!

—Entonces ¿por qué en otras ocasiones no lo has negado?

—Para acabar de un golpe, Patricio, esta porfía, en bien tuyo... y de los dos: si con toda verdá crees lo que me aseguras; si tus ojos no te engañaron en lo que dices que viste en el monte en aquella ocasión, tenlo en cuenta y no me provoques; que quien hace un cesto, hará un ciento; y mal andaría la cosa cuando, si me vendieras, me faltara un rato como éste para mandarte á la eternidad antes que á mí me llevaran al palo.

Dijo Polinar, alejó de sí á Patricio con un empujón, y se volvió á la taberna. El trapiondista permaneció unos instantes en la actitud en que le dejó la brusquedad del otro; rascóse la cabeza, como acostumbraba en los casos de apuro, y dijo, al cabo, para sí, mientras caminaba lentamente hacia su casa:

—El aviso es de estimar; pero pagar, me la pagas, como en la presente no me sirvas; que á dar golpes sin que suenen, no me ganas tú ni la perra que ha de volver á parirte.



## XXIX

## SUCESOS TRANSCENDENTALES

**D**ON Román, Álvaro y don Lope, á caballo los tres, volvieron juntos de la ciudad; pasaron á todo correr de sus fatigadas bestias por delante de Coteruco, y siguieron, sin detenerse, á Solapeña.

Renuncio á pintar la entrevista de don Román con Magdalena y la buena Narda. El lector puede imaginársela.

Don Lope dijo á la primera, tan pronto como los brazos de su padre se resignaron á desprenderse de ella:

—Ofrecí á usted, señora, devolverle la prenda que la habían robado: he cumplido mi palabra; y después de hacérselo ver, á lo cual únicamente he venido aquí, tengo el honor de besar sus pies y de pedirle su venia para retirarme.

Las manos quisieron besar Magdalena y Narda, henchidas de gratitud, á aquel hombre



que, bajo corteza tan ruda, ocultaba un corazón de oro; pero el Hidalgo se resistió á ello, como si le acosaran víboras.

—Ni lo intentéis siquiera—les dijo don Román sonriendo.—Á mí no ha querido admitirme en la ciudad ni las gracias, cuando la vida me parecía poco para pagarle el servicio que me ha hecho. Y como le conozco y él me conoce, no insisto en ofrecerle testimonios de mi eterna gratitud...

Antes que don Román llegara á decir estas últimas palabras, don Lope hizo una grave y gallarda reverencia, y salió de la estancia sin pronunciar palabra alguna. Montó á caballo en la corralada, llegó á Coteruco, entregó en casa de don Román el jadeante bruto; y después de decir á Blas que su amo quedaba sano, bueno y contento en Solapeña, recogió la cachava que había dejado detrás de la puerta del *estragal* el día antes, y se encaminó á la Casona, en cuyo trayecto estuvo Patricio á pique de tropezar con él, como vimos en oportuno lugar.

Hecha una compendiada relación de cuanto le había ocurrido desde que se habían separado Magdalena y su padre, prohibió éste que se le volviera á mencionar semejante asunto. Quería considerarle como un sueño desagradable, é ir dándole al olvido poco á poco.

—Sin embargo—añadió,—esto no se opone á que le aproveche como lección; y en prueba de ello, y contando con que no siempre se hallan en lances parecidos hidalgos como don Lope, deseo que cuanto antes tenga Magdalena quien, por deber, la ampare y la defienda, aunque yo le falte. ¿No opina usted como yo, señor don Álvaro?

Álvaro y Magdalena se sonrieron, y ni por asomos pensaron en desmentir á don Román.

Quiso éste que el casamiento se efectuara el jueves, como estaba convenido antes de leerse las proclamas; pero Narda se atrevió á replicar á su amo que, aunque la boda no había de ser tan vistosa como hubiera sido en mejores circunstancias, no eran los novios tan pelones que se les pudiera arreglar el agasajo en dos días solamente. Gracias si para el sábado lograba ella, con ayuda de vecinos, preparar lo menos que pedía una fiesta como aquélla, en casa de tantos caudales.

Narda tenía razón, y no se la negó su amo ciertamente. Autorizóla gozoso para que dispusiera lo necesario, de acuerdo con la interesada, pero sin hacer mucho ruido, y quedó convenido que el sábado se celebraría la boda.

Álvaro salió aquella misma noche para Sotorriva, y don Román, al día siguiente muy temprano, para su casa, con Magdalena y Nar-



da. En el camino se encontraron con don Frutos que, después de decir misa, iba á Solapeña á abrazar al libertado prisionero. Durante la ausencia de éste, todas las horas que le dejó libres su ministerio las había dedicado á consolar á Magdalena. Sabíalo ya su padre, y por ello le estrechó entre sus brazos con la doble efusión de su cariño y de su gratitud.

Al aproximarse los cuatro á Coteruco, salía de él hacia Carrascosa, Lucas, á caballo en la tordilla del alcalde, seguido de un muchachuelo que había de volver con el jamelgo desde la estación de la villa. Nadie más le acompañaba. Ni siquiera su amigo Gildo despedía á aquel tribuno á cuya voz se habían transformado las patriarcales costumbres del pueblo que abandonaba, y cuyos delirios quedaban en él proclamados como leyes. La ingratitud humana da siempre ese pago á los reformadores que se encumbran, lo mismo en Coteruco que en cualquiera parte. Todos los que suben entre música y laureles, suelen bajar entre silbidos, cuando no por el balcón. Y atribuyo el hecho á la humana ingratitud, porque no puedo creer que el pueblo tenga razón siempre que se llama estafado por sus redentores políticos.

En cuanto á Lucas, con su credencial en la maleta y las esperanzas en mejores destinos, me consta que se pagaba muy poco del desdén

con que le veían irse para no volver, los desca-  
misados ganapanes de Coteruco.

El viernes por la tarde llegaron los señores de Sotorriva. Don Lázaro, muy mejorado de sus achaques, quiso hacer un esfuerzo en honor de tanta fiesta. Era hombre que rayaba en los setenta años; alto, pálido, bien proporcionado de cuerpo, y de cabeza noble y aristocrática; iba pulcra y severamente vestido; y á pesar de sus años y de sus padecimientos, regía con gracia y soltura el brioso caballo en que hizo el viaje. Su hija, de menos edad que Alvaro, era lo que se llama vulgarmente una muchacha muy bonita; es decir, una joven de intachables pormenores plásticos, pero cuyos ojos, sonrisas y ademanes no dicen todo lo que un aprensivo lee con delectación en la mujer ajena, y le asusta en la propia. Llegó entre su hermano y su padre, sentada en claveteado *sillón* de terciopelo rojo, sobre una jaca doble, airosa y bien arrendada.

Ya para entonces se había provisto Narda en la villa de cuanto faltaba en Coteruco para la comida del día siguiente; y como los preparativos de la cocina estaban encomendados á buenas manos, sólo tuvo que ocuparse aquella noche en disponer las habitaciones para los huéspedes, tarea en que la acompañó Magdalena, sacando de los respectivos roperos y cajo-



nes las colchas de damasco, las sábanas de Holanda con blondas de encaje, los candeleros de plata y las sobremesas de tapicería; riquezas tradicionales y de abolengo, que no salían á luz más que en las grandes solemnidades. ¡Pues si supiera el lector cómo había aderezado Narda la estancia nupcial con antiguas riquezas tales y otros modernos primores, que al efecto se habían ido adquiriendo en la ciudad, desde que se concertó el casamiento!... Pero no cometeré yo la indiscreción de profanar ese púdico misterio con las miradas del público; ni de faltar á los buenos usos y costumbres de aquella ilustre casa, levantando siquiera la punta del velo que encubre lo que no debe ser visto.

A la mañana siguiente, muy temprano, Magdalena, con las preciosas galas que Alvaro la había regalado y los collares y anillos riquísimos de sus mayores; don Román, vestido de rigurosa etiqueta, con gruesos diamantes en la pechera y valiosos dijes en la áurea cinta de su reló; el novio, no peor ataviado ni con menos ricas alhajas; don Lázaro y su hija, que habían de ser los padrinos, bien provistos de ellas también, y en adecuado arreo, salieron juntos de casa, siguiéndolos la ávida curiosidad de los criados y la fiel Narda, en cuerpo y alma, que también había avisado á don Frutos para que la confesara. Decía la buena mujer que, á

los ojos de Dios, tanto valdría su ruego por la felicidad de los que iban á casarse, como el del más guapo; y que si en santa gracia se querían poner sus amos y los padrinos para que la súplica llegase bien arriba, en santa gracia deseaba ponerse ella, como la más pecadora.

Al salir de la portalada el cortejo, se halló con la plazuela invadida por una muchedumbre de curiosos, en la cual abundaban las mujeres. De entre ellas salieron doce, jóvenes y garridas, con sendas panderetas adornadas de lazos y cascabeles; y formándose de cuatro en cuatro, pusieronse delante de los novios, y comenzaron á cantarlos al uso tradicional del país, sin olvidar en las coplas á don Román ni á los padrinos. Narda se echó á llorar como una boba, al ver aquello. ¿Cómo era posible que llegara á casarse «su Magdalena» sin que se desplomara Coteruco para decirle, al verla pasar: «bendita seas por todos los días de tu vida, y bendita en la otra, y bendito cuanto te quiere y te rodea!» Si tenía que suceder eso; siempre lo había creído ella así, porque los verdaderamente malos no pasaban en el pueblo de media docena; los demás eran engañados. ¡Dichosa la hora en que aquellas mozas idearon tal festejo! Así pensaba Narda. En cuanto á su amo ¿á qué ocultarlo? jamás hubo héroe á quien halagaran los honores del triunfo, como



á su corazón generoso aquella espontánea y sencilla manifestación de cariño. Aquellos cantares entre la respetuosa actitud de la muchedumbre, le conmovieron. Cuando pasó la comitiva, las mujeres saludaron y los hombres se descubrieron la cabeza... y allá atrás, en la última fila, con los sombreros en la mano y los ojazos muy abiertos, estaban Carpio y Gorión... ¡Oh, sí, bien claros los vió don Román! ¿Por qué no se acercaban más? ¿Por qué se escondían, si estaba él deseando verlos á su lado? Y para que ninguna duda quedara á aquellas gentes de su manera de sentir, pasó delante de ellas con la cabeza descubierta y la sonrisa en los labios. Magdalena saludó con el pañuelo; Alvaro y su padre imitaron el ejemplo de don Román. Entonces la muchedumbre prorrumpió en un solo grito de «¡vivan los novios!» y los ecos de la montaña no habían cesado de repetirle, y todavía andaban por el aire los sombreros de Carpio y de Gorión.

Aquel grito acabó de conmover al generoso Pérez de la Llosía: sonábale como la voz del hijo pródigo que, arrepentido y cariñoso, llamaba á las puertas de su padre, y él estaba dispuesto á abrírseles de par en par y á recibirle entre sus brazos.

Bajo tan hermosas impresiones entró la comitiva en la Iglesia; y confesaron todos, y unió

don Frutos, con la bendición de Dios, á aquellos dos seres felices, unidos ya entre sí por el amor de sus corazones.

Momentos antes de empezarse la misa, llegaron los parientes de Solapeña. El templo estaba lleno de gente; y al terminarse la ceremonia, las cantadoras acompañaron hasta la plazoleta á los recién casados. Hízolas entrar en casa Magdalena; y ella misma, después de abrazar y de besar á una, en representación de las demás, regaló á todas variadas y abundantes golosinas, presentadas por la gozosa Narda en ancha y cincelada bandeja de plata.

No hubo modo de reducir á don Lope á que asistiera, ya que no á la ceremonia de la Iglesia, cuando menos á la comida del mediodía.

—¿Á qué santo? ¿por qué razón? ¿qué tengo yo que ver en todo eso?—pensaba el Hidalgo después de despedir á don Román, que fué á invitarle, con grandes instancias.

—Pues sírvale á usted de gobierno—le había dicho éste al salir,—que en la mesa habrá un cubierto destinado á usted. Allí se estará intacto y representándole, si usted no nos honra con su asistencia. No merece menos consideración la persona á quien hoy debo la alegría de mi casa.

Y como lo dijo se hizo: durante la comida, y á la derecha de don Frutos, hubo un cubierto de respeto y una silla desocupada.



Tampoco he de decir nada al lector de aquel acontecimiento extraordinario; ni una palabra de aquella mesa cubierta, materialmente, con la maciza plata acumulada durante diez generaciones de Pérez de la Llosía, sobre finísimos manteles; ni el más leve comentario acerca de la comida, en que se mezclaban, de muy mala gana, los tradicionales estofados, potajes y pepitorias, obras de las manos de Narda, con los modernos condumios, hechos por mercenaria cocinera; las macizas reposterías de antaño, con las vaporosas é impalpables merengadas del nuevo estilo; el chacolí de la tierra, con el Burdeos delicado; el patriarcal, añejo Málaga, negro como la tinta, dulce como las mieles, con el liviano, bullanguero y *parlamentario* Champagne. De nada de esto, repito, ni de otras cosas parecidas, quiero dar cuenta detallada al lector. Y al proceder así, me acomodo á los deseos de don Román, que, en virtud de los tiempos que corrían, se propuso celebrar el acontecimiento con una comida de familia íntima, más bien que con una boda ruidosa.

¡Ah! pues si los tiempos hubieran sido distintos; si Coteruco no hubiera prevaricado; si el casamiento de Magdalena hubiera sido un año antes, ¿cómo dejara él de hacer, en alguna forma, partícipe de la boda al vecindario!... ¿Para qué quería su provista bodega, los aja-

monados pernils y el colmado gallinero! Pero en esto no había que pensar ya. ¡Harto era, y hasta milagroso le parecía, por lo inesperado, el síntoma de reacción benéfica que había notado por la mañana en sus convecinos!

Meditando en esto se hallaba poco antes de alzarse los manteles, cuando don Frutos dijo, sacando del bolsillo interior de su levita un ancho papel impreso:

—Aunque á don Román no le deleite mucho, por esta vez, y en gracia de lo que tiene de cómico este documento, voy á leerle en alta voz para fin de fiesta.

—¿Qué es ello?—preguntaron.

—Ustedes lo verán. Me consta que se ha impreso tal como su autor se le dictó al pendo-lista; que ha llegado calentito de la ciudad anoche, y que á estas horas deben estar el pueblo y parte del valle, inundados de hermanos gemelos de este ejemplar que he recogido al venir acá.

El documento leído por el cura don Frutos, después de bien considerado, no era, en el fondo, otra cosa que todos los manifiestos de todos los aspirantes á diputados á Cortes; con la ventaja, á mi entender, sobre ellos, de estar perjeñado en el estilo y forma usuales y corrientes entre los electores á quienes iba enderezado, lo mismo en lo substancial que en su no



escasa parte de exornación patrioter. No se había visto ni se verá, en su género, obra más en carácter ni con mayor fuerza de colorido local.

Celebróse mucho, en efecto, su extraña contextura. Particularmente don Frutos, se desternillaba de risa á medida que iba leyendo. La cara de don Román era la única que en aquel regocijado concurso estaba seria y hasta contristada.

—Veo—le dijo el cura,—que á usted, señor don Román, no le ha hecho reir el manifiesto.

—Ni mucho menos,—respondió el interpelado.

—Permítame usted que le diga—añadió don Frutos,—que eso es ya llevar las cosas al extremo.

—¿Se le figura á usted?

—Y me figuro la verdad neta.

—¡Ojalá sea así! Pero, entre tanto, oigan ustedes en qué me fundo para pensar como pienso. Esta mañana ví, con grandísima complacencia, la actitud de este pueblo delante de nosotros: parecía que el cansancio, el peso de sus propias locuras, le arrojaba al buen camino.

—Y eso es lo cierto.

—Sin duda alguna. Pues bien: esa payasada que tanto les ha hecho reir á ustedes, ó la am-

bición insensata que la ha producido, ha de ser causa de que los rencores, los odios, las borracheras y las escándalos consiguientes, vuelvan otra vez á arrollar á estos infelices y á arrastarlos de nuevo al olvido de sus deberes y conveniencias.

—No lo espero, señor don Román.

—Al tiempo invoco por testigo, señor don Frutos.

Cuando, dos horas más tarde, se retiraba éste á su casa, le alcanzó don Román junto á la escalera, y poniéndole en la mano un pesado cartucho de monedas de oro, le dijo:

—Para los más necesitados... *¡sean quienes fueren!*

—Me dura aún lo último que usted me entregó con igual fin,—respondió el párroco tomando el dinero.

—No importa—añadió don Román:—aquello era... aquello; y esto es el pan de la boda de mi hija. ¡Que, como pan bendito, los nutra y los consuele!

